

SOLDADO: Tienes que saber que la guerra en sus últimas fases será muy dura, y a esto debes ir haciendo tu ánimo para que cuando lleguen las jornadas decisivas tengas el temple de acero y la decisión audaz que son precisos a los soldados de la victoria.

Año II

Martes 22 de junio de 1937.

Núm. 221

Los soldados del Ejército Popular no desmayarán ante nada ni ante nadie hasta conseguir la victoria

HIJOS...

Cuartillas leídas por la camarada Ana Valdés, del equipo de Divulgación Cultural del Ateneo de Madrid, en nuestro teatro el día 19 del presente mes.

De mis propias entrañas uno, de mi misma sangre otro, de mi alma todos.

Una sola idea, un anhelo común y un solo motivo nos alinea hoy en las filas de la guerra odiosa. Guerra que nos ha traído el egoísmo y en la que ha de vencer la generosidad con que ofrendamos nuestros sacrificios en aras del bien humano.

Duro, durísimo es el caso en que las madres españolas nos vemos al tener que desgarrar nuestro corazón para decir a nuestros cachorros: Lucha y venec. Deja de ser niño para portarte como hombre, que en tus manos está el honor de tu madre y hermanas, la vida de tus hermanillos pequeños y la de los abuelos que en casa gimen temiendo a la metralla de los enemigos.

Pero esta es la triste situación a que nos han traído los malvados, que teniéndolo todo aún quisieron más. Quisieron negarnos hasta el derecho a vivir como personas responsables y libres; quisieron además de explotarnos como a esclavos, manteniéndonos en la miseria y en la ignorancia, humillarnos, pisoteando y escarneciendo cuanto para nosotros resulta sagrado y venerable: la patria que han vendido al extranjero, la familia que disolvieron sin piedad, nuestros pueblos que incendian o destrozan, y eso que no saben ellos los sacrificios que hay que hacer para poder sostener nuestras casas.

Amenazadores y fieros, con fiereza de chacales, tenemos enfrente los cobardes, que no bastándose en la lucha contra nosotros, no dudaron en repetir la traición del obispo D. Opas y del Conde D. Julián, los que bajo el escudo de la Religión no buscan más que la explotación de aquellos que según sus doctrinas debían de tratar como a hermanos, los que llamándose caballeros de honor volvieron sus armas contra aquellos que juraron defender, los que apoderados con malas artes de

bienes y riquezas prefirieron verlo todo en manos extrañas antes de que por una justicia distributiva se intentase darnos a cada cual lo nuestro.

Ellos nos han traído la guerra y o vosotros la ganáis o a nosotras madres y hermanas, juntamente con el pueblo que trabaja, nos esclavizáis para siempre.

No hay opción. Si hemos de sufrir, suframos; si hemos de morir, muramos; pero que triunfe la razón, que venza la humanidad, que los pequeños que puedan salvarse logren verse libres de esos verdugos miserables, de esos traidores asesinos.

Duro fué para mi alma de madre ver a mis hijos educados en la paz de un hogar honrado donde el trabajo y el estudio tenían su templo; faltar una noche, dos, una semana, ya casi un año, pero su falta me llenó de legítimo orgullo.

No faltaron por disipación viciosa, como faltan a sus hogares los «señoritos». Ellos faltaron porque un deber más fuerte que los dulces lazos de la familia los llamaba al puesto honroso en que están, al lado de los trabajadores, en las filas heroicas de los que supieron hacerse soldados contra la soldadesca vil de los que sin razón se sublevaban contra la ley, contra la justicia y contra el derecho.

Sufro como madre, viendo cuanto hay de renunciamiento en mis hijos; amor, cuidados, comodidades y mimos en aquella casa madrileña donde su falta nos tiene como cuerpos sin sombra, pero mi dignidad de madre se ve realzada al considerar lo que para ellos supone y representa la conciencia del deber.

Meditando estas cosas generalizo y comprendo que cada uno de los que aquí estáis, como mis propios hijos, habéis cumplido y seguis cumpliendo.

Permitidme, pues, que como a tal os hable, para que en mi voz oigáis la voz querida de vuestras madres, que por mi boca vienen a poner un beso en vuestras frentes y a bendeciros, anunciándoos que con su bendición ha de venir el triunfo, y con el triunfo la paz, la paz que nos asegure el pan, la justicia y el bienestar de todas las familias trabajadoras.

Salud. Vuestra será la victoria.

Propagad AVANCE



avance

DESPEDIDA

Hallazgos

Han entregado en esta redacción la chapa núm. 4886, serie T.

En esta redacción se han entregado para su devolución a los dueños, las chapas números 807 y 2.976, todas Serie U.

Así como también un buen número de sellos del Socorro Rojo Internacional con una convocatoria para el mismo.

¡Salud, treinta y dos Brigada!
¡Salud, bravos combatientes!
¡Salud, buenos camaradas
que os quedáis en este frente!

Con vosotros he vivido
dies meses día por día,
compartiendo vuestras penas,
también vuestras alegrías.

En las jornadas gloriosas
de julio en Navalperal,
en los combates tan duros
de Peña Rubia y Canchal.

Donde aquel viejo caudillo,
que recuerda nuestra mente,
se portó como quien era,
se portó como un valiente.

Ya os dejó sierras queridas
de los pinares frondosos,
los abruptos peñascales
y los pinos resineros.

Ya no beberé las aguas
de tus cristalinas fuentes,

ni se bañará mi cuerpo
en esa mansa corriente.

Pues me marcho a pelear
a otro frente de batalla
donde no pienso dejar
con vida a esa canalla.

A ti, mi querida AVANCE,
no te olvidaré un momento;
nosotros te dimos vida,
tú nos diste gran aliento.

¡Salud! Teniente Haliadora
que te quedas en la sierra
a luchar como quien eres
y hasta que acabe la guerra.

¡Salud, treinta y dos Brigada!
¡Salud, bravos combatientes!
¡Salud, buenos camaradas
que os quedáis en este frente!

Manuel MARTIN

Corresponsal de Ingenieros.

— 12 —

Fama era transportado automáticamente por los ples hacia su celda.

Aquel día, sintió en lo más hondo la reclusión, y sólo pensó en el siguiente...

(Continuará.)

(Continuación)

mento meridional. Vestía con descuido y cuando hablaba lo hacía con el acento puro y valiente del andaluz.

Acudió a la llamada, solícito y dicharachero, y sin distinguir apenas las visitantes, saludó a todas con desparpajo.

Aquel día el locutorio estaba algo obscuro, por no haber corriente eléctrica, y ella, la mujer del elegante abrigo negro, le ordenó, más bien que le pidió:

—Encienda una cerilla, que le quiero ver la cara.

Casi automáticamente y por la prontitud con que fué hecha la petición, Fama encendió una cerilla.

Franca y espontánea, lanzó un comentario halagador, dirigiéndose a las otras, pero que a Fama le causó profunda impresión, y cambiando rápidamente la conversación añadió:

—Apague.

¿Cómo se llama usted? ¿Tiene usted familia? ¿Por qué está ahí?

—Me llamo Fama y no tengo a nadie absolutamente que pueda venir a proporcionarme la gran satisfacción que para un preso suponen estas visitas, y en cuanto al por qué de estar preso, se lo voy a explicar.

Ella dando palmas, como chica ante un juguete, asintió: ¡Eso, eso! ¡Cuénteme!

Fama, dejando el tono chistoso en que hasta ahora se había desarrollado la conversación, y algo emocionado ante el recuerdo, comenzó:

—Yo soy maestro de niños, y siento por la enseñanza